

al NUEVO MILENIO *nuevas realidades*

HECHO EL TRÁNSITO DE UN MILENIO A OTRO nos preguntamos cómo será el futuro, intentamos planificar nuestro futuro porque el tránsito por esta vida continúa.

Los economistas tal vez lo tengan todo pensado, se han vuelto tan importantes en nuestros días que muchos creen que podría haber un caos si ellos no pensarán por otros. A los políticos les sucede algo parecido. Sin embargo, economistas y políticos no la tienen fácil en el nuevo siglo pues aunque conspiran de mutuo acuerdo no podrán ya considerar al hombre como simple objeto, al menos no a la mayoría de los hombres y mujeres. A pesar de las terribles noticias que nos ofrecen es posible que estemos más cerca de un nuevo renacimiento, de un humanismo renovado que desafiará las caducas ideologías –todas merecen revisión– y la deshumanizada y deshumanizante –hasta ahora– globalización.

Claro que quedan más de mil millones de seres humanos que ni siquiera sabrán que terminamos un siglo y comenzamos otro, mucho menos sabrán de un nuevo milenio, el tercero de la era cristiana: son los que no entran en los presupuestos de los economistas ni en las proyecciones de los políticos, o si entran están en la última fila. Quizás muchos no han oído hablar tampoco de Cristo, el Dios encarnado que responde a la esencial pregunta de la existencia humana. Pero ellos, los “olvidados”, son también, no lo puedo olvidar, los *bienaventurados* de hoy.

La Iglesia tiene también sus aspiraciones para el nuevo milenio. Pero a diferencia de los economistas y los políticos, estas aspiraciones son las mismas desde hace 2 mil años porque se trata de Dios, no de ideologías creadas por hombres. Es cierto que en ocasiones los ideólogos, los antiguos y los que proponen nuevas ideologías, sobre todo los ateos, no comprenden esto; tratan de crear una ideología con carácter casi religioso y llegan incluso a inventarse sus propios “dioses” en la Tierra. Tiene su lógica el conocido refrán: si el cielo queda vacío de Dios, la tierra se llena de ídolos. Las consecuencias suelen ser negativas, como lo demuestran algunos pasajes de la historia de la humanidad. La humanidad se acerca y sintetiza aquí o no comprendo bien la humanidad: la *humanidad*, aquí y ahora, son los cubanos.

Muchas cosas buenas deseamos los cubanos para este siglo y milenio: la paz, la tranquilidad, o la salud, por ejemplo. Es verdad que tenemos escuelas y hospitales, pero no es todo, no puede ser todo. Pensemos en la constante ruptura familiar. Las cosas buenas que queremos vivir en so-

ciudad, pues somos seres sociales, se construyen, se hacen, con esfuerzo y sacrificios, también en la satisfacción por el éxito de otros. Es así como damos motivos humanos a nuestra existencia.

Durante su visita a Cuba, hace ya tres años, el Papa Juan Pablo II nos dijo que los cubanos *somos y debemos ser los protagonistas de nuestra propia historia personal y social* (Discurso en el Aeropuerto “José Martí”, 21-1-1998).

¿Cómo ser los protagonistas de nuestra historia personal y social? Realmente podemos pensar que no era necesario que el Papa nos dijera aquello a los cubanos, él no descubría algo nuevo para nosotros, más bien confirmaba lo que cada ser humano debe asumir, aunque también hay en sus palabras un mensaje relativo a terceros: *nadie debe decidir por ustedes*. Pero se nos hace difícil ser protagonistas de nuestra historia personal y social si no asumimos el lugar que nos corresponde, lo que es distinto al lugar que nos quieren dar. Tampoco podremos serlo si se nos impide o no se crean las condiciones para serlo.

Es esto lo que sucede con los cristianos católicos. En la homilía de la Misa de clausura del Segundo Congreso Eucarístico de La Habana (*Palabra Nueva*, N° 92) el Cardenal Jaime Ortega dejaba planteada la cuestión: “...*al comienzo del nuevo siglo y milenio me atrevo a añadir en relación con nuestro pueblo y con todos los que tienen responsabilidades en él: no sientan temor, abran a la Iglesia en Cuba la posibilidad de cumplir en este nuevo milenio, sin trabas ni dificultades, el programa perenne que el Señor Jesús nos ha confiado*”.

Aquel grito del espíritu, aquella invitación del Papa a la humanidad al iniciar su pontificado, repetida a fines del pasado milenio por el Arzobispo de La Habana en Cuba, invita a no tener miedo a la fe, a no impedir que otros se abran a la fe, y también a no tener miedo de nuestros semejantes, lo cual no tiene nada que ver con la valentía que se pone a prueba en las guerras. Tres años después de la visita del Papa habrían sido innecesarias esas palabras, pero aún esperamos el diálogo fructífero. Las procesiones públicas o el feriado de Navidad no reflejan de modo absoluto toda la realidad del problema. Se trata de las *trabas y dificultades*, desde el espíritu que condiciona los actos, mencionadas por el Cardenal Ortega.

Cuando el Papa vino a Cuba, todos vimos en ello, como algo propio de su visita pastoral, la posibilidad de superar las dificultades de los cristianos en la sociedad y en las relaciones entre las instituciones del Estado y la Iglesia Católica.

Nadie pensó que aquella visita sería sólo un paréntesis en la vida nacional y todos pensamos que dejaría consecuencias positivas para Cuba y los cubanos, aún en el ámbito internacional. La historia posterior parece confirmarlo: basta recordar las numerosas personalidades que pasaron por acá como consecuencia de la invitación del Papa para que el mundo se abriera a Cuba. Nadie ponía en duda tampoco la buena voluntad del Santo Padre, pues *“como Jefe de la Iglesia Católica busca objetivos que trasciendan, no por ambición, sino por vocación y porque considera que ese es su deber. Sus objetivos religiosos y pastorales al venir a Cuba, no constituyen ningún problema para nosotros, toda vez que no tenemos conflicto con ninguna creencia religiosa ni le cuestionamos a ninguna iglesia que quiera practicar o extender sus creencias y defenderlas* (Presidente Fidel Castro, Juventud Rebelde, 18-1-98).

La Iglesia que vive en Cuba es la misma que dirige, desde Roma, el Papa Juan Pablo II. Ciertamente algunas coyunturas pueden incidir en mejores o peores logros, pero el discernimiento y la buena voluntad nos dan la oportunidad de establecer diferencias para no caer en la parálisis y evitar así que la pasión desplace a la razón. El mismo Juan Pablo II da la pauta: *“Cuando la Iglesia reclama libertad religiosa no solicita una dádiva, un privilegio, una licencia que depende de situaciones contingentes, de estrategias políticas o de la voluntad de las autoridades, sino que está pidiendo el reconocimiento efectivo de un derecho inalienable. Este derecho no puede estar condicionado por el comportamiento de pastores y fieles, ni por la renuncia al ejercicio de alguna de las dimensiones de su misión, ni menos aún, por razones ideológicas o económicas; no se trata sólo de un derecho de la Iglesia como institución; se trata, además, de un derecho de cada persona y de cada pueblo”* (Juan Pablo II, Mensaje a la Conferencia de Obispos de Cuba, 25-1-98).

Es erróneo que alguien quiera adjudicarle a la Iglesia la misión de enfrentar la Revolución, o al Gobierno que existe en Cuba; la Revolución es parte de la historia nacional, como lo es la Guerra de Independencia en el siglo XIX, el rescate de Cuba por España entregando la Florida en el siglo XVIII o el éxodo del Mariel en 1980. Hay acontecimientos de marcada trascendencia que son historia que no se borra. No se puede tampoco borrar la Iglesia y desconocer la acción de los católicos en la vida nacional, no se trata solamente de que entre el 50 y el 60 por ciento de los niños menores de un año sean bautizados en Cuba, sino sobre todo de la incidencia de la fe cristiana en el tiempo y en el espacio en esta tierra, manifestado de las más variadas formas.

¿Dónde está el problema?, me he preguntado muchas veces. ¿Por qué la contradicción entre lo que se dice o se escribe y la práctica? Intentando hallar una respuesta me remito a los orígenes del Gobierno revolucionario. El proceso social que comenzó en Cuba con la Revolución que triunfó en 1959

fue nacional, es cierto, pero el programa asumido se inspiró en el conocido modelo soviético. El socialismo cubano en el poder se nutrió de las teorías de Marx y Engels y de la praxis de Lenin. Vladimir Ilich Lenin en su artículo “El Socialismo y la Religión” (*Acerca de la Religión*, Editorial Progreso, Moscú, 1973) declaró que la cuestión religiosa es un asunto privado de las Iglesias y los ciudadanos con respecto al Estado: sin manutención estatal, sin privilegios y compromisos, y así toda persona debe tener la oportunidad de profesar o no una religión; esto se parece a lo que podría decir hoy de sí mismo cualquier Estado laico. Pero Lenin, ateo y líder comunista activo, consideraba al mismo tiempo que la religión no es un asunto privado con respecto al Partido: estimaba necesaria la separación entre la Iglesia y el Estado para *“luchar contra la niebla religiosa con un arma puramente ideológica...Para nosotros, la lucha ideológica no es un asunto privado, sino un asunto de todo el Partido, de todo el proletariado”*. Políticamente es comprensible este pensamiento en el momento de su publicación el 3 de diciembre de 1905, antes de la Revolución y toma del poder de los Bolcheviques. Pero una vez en el poder y practicando la “lucha ideológica”, con el Partido único como “vanguardia” y “fuerza dirigente superior” actuando precisamente a través de las instituciones del Estado, la idea anterior quedó olvidada en la praxis.

Si en este punto también se “copió erróneamente” en Cuba, si es ésta la causa, o una de ellas, debe ser revisada la propuesta leninista, porque no es realista ni coherente, ni siquiera se corresponde con “el proletariado” cubano de hoy, ni con lo dicho antes, durante y en los días inmediatos a la visita del Papa a Cuba.

Se hace necesario disponer las voluntades, abandonar las desconfianzas, dejar los temores. Las responsabilidades del Estado no deben ser asumidas por la Iglesia, o viceversa. Ser *protagonista*, para la Iglesia y quienes la integramos representa, de acuerdo con el significado etimológico de la palabra, aceptar ser “primeros en la agonía”: actuar por vencer dificultades: *amar y servir*, congregar, atraer, proteger, reconciliar.

El nudo de esta trama debe ser deshecho, la confianza establecida, y llegar a la meta que todos aceptamos como posible, y necesaria, hace tres años: el diálogo fructífero entre la Iglesia católica y el Estado que compromete a millones de cubanos, un diálogo que ponga fin a largos años de desconfianzas, limitaciones, restricciones y concesiones calculadas, que abra las puertas a acciones distintas pero con un objetivo común: el bien del hombre y la mujer cubanos.

El espacio permanece pero el tiempo es indetenible. El nuevo siglo y milenio demandan ideas nuevas, relaciones nuevas, oportunidades nuevas. Y esto no sólo con respecto a la Iglesia y sus miembros, pero acciones en este sentido serían beneficiosas también para una gran parte del pueblo cubano, ansioso y necesitado, a no dudar, de nuevas realidades en un nuevo milenio. El siglo XX ha concluido y con él el segundo milenio: hubo vivencias terribles y vivencias sublimes pero, simplemente, ya pasó. □